

Luciano de Samósata

DIÁLOGOS



**Introducción, traducción y notas de
JOSÉ ALSINA
catedrático de la Universidad de Barcelona**

CLÁSICOS UNIVERSALES PLANETA

**Director literario:
GABRIEL OLIVER
catedrático de la Universidad de Barcelona**

**Director editorial:
JOSÉ PARDO**

**Asesor:
CARLOS PUJOL**

Planeta

SUMARIO

	Págs.
INTRODUCCIÓN	IX
Cronología	XXVI
Bibliografía hispánica	XXVII

DIALOGOS

Diálogos de los dioses	3
Diálogos marinos	45
Diálogos de los muertos	63
Prometeo del Cáucaso	117
Timón o el misántropo	127
El mentiroso o el incrédulo	153
El sueño o la vida de Luciano	179
Diálogos de Heteras	187

© Editorial Planeta, S. A., 1988

Córcega, 273-277, 08008 Barcelona (España)

Diseño colección y cubierta de Hans Romberg (realización de Jordi Royo)

Ilustración cubierta: fragmento del fresco «Las bodas aldobrandinas»,
siglo I a. J.C. (Museo Pio Clementino, Vaticano)

Primera edición en Clásicos Universales Planeta: setiembre de 1988

Depósito legal: B. 31.469-1988

ISBN 84-320-3990-X

Printed in Spain - Impreso en España

T. G. Soler, S. A., Enric Morera, 15, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

DIALOGOS DE HETERAS

1

GLÍCERA Y TAÍS

GLÍCERA. Taís, ¿te acuerdas de aquel soldado acarnanio que tiempo ha estuvo con Abrótono y luego se enamoró de mí, quiero decir el que vestía de púrpura y llevaba clámide?¹ ¿Sabes a quién me refiero o te has olvidado de aquel individuo?

TAÍS. No, querida Glícera, le conozco bien; el año pasado incluso bebía con nosotras en las Haloas.² Pero ¿a qué viene esto? Parece que algo tienes que decir sobre él.

GLÍCERA. Górgona, la muy perversa, haciéndose pasar por mi amiga, me lo ha quitado seduciéndolo a espaldas mías.

TAÍS. ¿Así que ahora ya no se te acerca y ha hecho de Górgona su hetera?

GLÍCERA. Sí, Taís, y este asunto me ha molestado mucho.

TAÍS. Mal asunto, Glícera, pero no del todo inesperado, pues se trata de algo que suele sucedernos a las heteras. Por tanto, no debes afligirte demasiado ni reprochárselo a Górgona; tampoco antes te lo reprochó Abrótono, a pesar de que erais amigas. Sin embargo me maravilla pensar qué atractivos ha podido encontrarle el soldado ese, a menos que sea completamente ciego y no haya visto que tiene la cabellera rala y con unas entradas muy pronunciadas en la sien. Sus labios están lívidos, su cuello flácido, las venas muy marcadas y la nariz enorme. Su única gracia reside en que tiene buen porte, anda erguida y sonríe con mucho atractivo.

GLÍCERA. ¿Crees acaso, Taís, que el acarnanio se ha ena-

1. Capa militar.

2. Fiesta ática dedicada a Posidón.

morado por su belleza? ¿No sabes que Crisarion, su madre, es una maga, conocedora de algunos ensalmos tesalios y de las que saben hacer bajar la luna? Dicen que hasta vuela de noche. Ella es la que hizo perder el conocimiento al muchacho dándole a beber pócimas, y ahora le agostan.

TAÍS. Y tú, Glicera, ya agostarás a otro. Deja que éste se vaya al diablo.

2

MIRTION, PÁNFILO Y DÓRIDE

MIRTION. Pánfilo, ¿vas a casarte con la hija del armador Filón? Se dice incluso que el matrimonio ya se ha celebrado. ¿Se han desvanecido en un instante tantos juramentos solemnes y tantas lágrimas? ¿Te has olvidado de Mirtion precisamente ahora, Pánfilo, cuando estoy ya en el octavo mes de mi embarazo? De tu amor he obtenido sólo esto: un vientre grávido y la inminente crianza de un bebé, lastre muy agobiante para una hetera. Pues yo no voy a exponer a mi hijo, sobre todo si es varón. Le llamaré Pánfilo, lo guardaré como prenda de mi amor y día vendrá en que él te echará en cara tu infidelidad para con su desventurada madre. Además la doncella con la que vas a casarte no es hermosa. Acabo de verla en las Tesmoforias³ en compañía de su madre cuando aún no sabe que por su culpa no volveré a ver a Pánfilo. Miratela bien antes y fíjate en su rostro y en sus ojos. No vaya a molestarte si tiene los ojos muy glaucos ni a afligirte si son estrábicos y se embizcan. Pero ya has visto a Filón, el padre de la novia, y conoces bien su cara: no necesitas mirar a la hija.

PÁNFILO. ¿He de seguir aún escuchando tus chismes y desvaríos sobre doncellas y bodas con hijas de armadores? ¿Acaso conozco yo alguna joven de nariz roma o que sea hermosa? ¿Sé si Filón, del demo de Alopece (creo que de él estás hablando), tiene una hija en edad

de casarse? Ese hombre ni siquiera es amigo de mi padre. Por cierto: me acuerdo de que recientemente lo llevé a juicio por una deuda. Le debía un talento a mi padre, creo, y no quería pagárselo. Mi padre lo citó ante los jueces del tribunal marítimo y a duras penas se lo hizo pagar, pero no en su totalidad, por lo que dice mi padre. Si se me hubiera ocurrido la idea de casarme, ¿piensas que rechazaría a la hija de Demeas, estratega el año pasado, y que además es prima mía por línea materna, para casarme con la hija de Filón? Pero ¿de dónde has sacado estos rumores? ¿Qué vanos motivos de envidia te inventas, Mirtion? ¿Contra qué sombras combates?

MIRTION. Entonces, ¿no vas a casarte, Pánfilo?

PÁNFILO. ¿Desvarías, Mirtion, o se te ha subido el vino a la cabeza? Ayer no nos embriagamos mucho.

MIRTION. Dóride me ha puesto en guardia. La había enviado a comprar un poco de lana para mi vientre y a ofrecer súplicas a la diosa de los partos en mi nombre; me dijo que se encontró con Lesbia..., pero es preferible que tú misma, Dóride, le digas lo que oíste, a no ser que se trate de una pura invención tuya.

DÓRIDE. Señora, ¡que me muera si te he mentido en algo! Cuando llegué al pritaneo, Lesbia me vino al encuentro sonriente y me dijo: «Vuestro amante, Pánfilo, se va a casar con la hija de Filón.» Y añadió que si no lo creía, sólo tenía que echar una ojeada a vuestro pasadizo para ver las guirnaldas colgadas por doquier, las flautistas, el alboroto y a la gente que cantaba el himeneo.

PÁNFILO. ¿Y qué? ¿Echaste la ojeada, Dóride?

DÓRIDE. Naturalmente, y lo vi todo tal como me lo dijo.

PÁNFILO. Entiendo el error. No era falso todo lo que te dijo Lesbia, Dóride, y tú le diste una noticia verdadera a Mirtion. Pero vuestra turbación fue baldía, pues la boda no era en mi casa, sino que ahora me acuerdo de lo que le oí decir a mi madre ayer cuando regresaba de vuestra casa: «Pánfilo —dijo—, Cármides, el hijo de nuestro vecino Aristéneto, que tiene la misma edad que tú, obra con sensatez: se casa mientras que tú, ¿hasta cuándo vas a convivir con una hetera?» Mientras oía sin querer tales historias me sumergí en el sueño. Al día siguiente, al amanecer, salí de casa, de manera que

3. Fiesta ática en la que intervenían especialmente las mujeres.

no he visto nada de lo que después vio Dóride. Pero si no lo crees regresa allí de nuevo, Dóride, y mira con exactitud no el pasadizo, sino la puerta, fíjate en cuál es la que está engalanada: descubrirás que es la de los vecinos.

MIRTION. Me has salvado, Pánfilo mío. Me habría colgado de haber ocurrido algo parecido.

PÁNFILO. Era imposible. Ojalá nunca llegue a estar tan loco que me olvide de Mirtion, precisamente ahora que me va a dar un hijo.

3

FILINA Y SU MADRE

MADRE. ¿Filina, estabas ausente ayer en el convite o qué te sucedía? Al despuntar el alba ha venido a verme Dífilo llorando y me ha explicado lo que sufrió por tu culpa: te embriagaste, te levantaste y empezaste a bailar en medio de la sala, a pesar de que él trató de impedirlo. Luego besaste a su compañero, Lamprias, y como Dífilo se disgustó contigo, le abandonaste, te marchaste al lado de Lamprias y le echaste los brazos al cuello. Dífilo estaba molesto por tu conducta. Pero ni siquiera entrada la noche, creo, te acostaste con él, sino que le dejaste llorando y sola te tumbaste sobre un diván cercano, cantando y afligiéndole.

FILINA. Está visto, madre, que no te ha contado lo que él hizo; si así fuera, no defenderías a un hombre que me ha tratado con insolencia. Dejándome de lado platicaba con Taís, la hetera de Lamprias, pues éste aún no había llegado. Cuando vio que yo me disgustaba y que le hacía señas de desaprobación por su actitud, cogió a Taís por el lóbulo de la oreja, le hizo inclinar el cuello y la besó tan estrechamente que a duras penas consiguió despegar sus labios. Yo me eché a llorar, pero él se reía y cuchicheaba sin parar al oído de Taís, sin lugar a dudas en contra de mí, y Taís me miraba sonriéndose. Cuando se dieron cuenta de que Lamprias se acercaba y estuvieron saciados de besarse, yo fui a reclinarme al lado de Dífilo para que más tarde no pudiera

hacerme ni este reproche. Entonces Taís se levantó y salió a bailar la primera, dejando al descubierto sus piernas hasta arriba, como si fuera la única que tuviera unos hermosos tobillos. No bien hubo terminado, Lamprias guardó silencio y no dijo nada, pero Dífilo le elogiaba su sentido del ritmo y de la danza, la perfecta armonía entre su pie y la cítara, la belleza de sus tobillos y mil lindezas más como si estuviera haciendo el elogio de la Sosandra de Cálamis en vez del de Taís, a la que también tú conoces y sabes cómo es, ya que se baña con nosotras. Al punto Taís empezó a burlarse de mí: «La que no se avergüence —decía— de tener unas piernas escuálidas, se levantará y danzará también.» ¿Qué podía decir, madre mía? Me levanté y bailé. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Contenerme y confirmar la veracidad de sus burlas? ¿Dejar que Taís fuera la reina del convite?

MADRE. Te lo tomas demasiado en serio, hija. No debías preocuparte. Pero dime lo que después pasó.

FILINA. Los demás comensales me elogiaban, pero Dífilo fue el único que, tumbado de espaldas, miraba al techo, hasta que fatigada dejé de bailar.

MADRE. Pero ¿es verdad que besaste a Lamprias y que te cambiaste de sitio para abrazarle? ¿Por qué callas? Esta conducta ya no es digna de excusa.

FILINA. Quería devolverle la humillación que me causó.

MADRE. Y luego no te acostaste con él, sino que incluso cantabas mientras él lloraba. ¿No te das cuenta, hija, de que somos pobres? ¿No te acuerdas de los bienes que hemos recibido de su mano o del invierno que habríamos pasado el año anterior si Afrodita no nos lo hubiese enviado?

FILINA. ¿Y qué? ¿Por esta razón tengo que soportar sus insolencias?

MADRE. Enfádate, pero no le devuelvas los agravios. ¿No sabes que los enamorados dejan de insolentarse y se hacen reproches a sí mismos? Tú siempre has sido muy arisca con ese muchacho; procura, según reza el proverbio, no tensar demasiado la cuerda, no vaya a romperse.

MELITA Y BÁQUIDE

MELITA. Báquide, si tú conoces a alguna vieja, como aquellas de las que se dice que hay muchas en Tesalia, que con sus ensalmos logra hacer deseable a una mujer por muy odiada que sea, ve a buscarla y tráemela, y ojalá la suerte te acompañe. Con gusto le cedería mis trajes y estas joyas de oro a condición solamente de ver que Carino vuelve de nuevo a mí y siente por Símique el mismo odio que me profesa a mí ahora.

BÁQUIDE. ¿Qué dices? ¿Ya no vivís juntos? ¿Se ha ido Carino con Símique y te ha abandonado, Melita? A ti, por quien soportó tantos enfados de sus padres cuando no quiso casarse con aquella rica heredera que, según decían, aportaba cinco talentos de dote? Lo sé por haberlo oído de tus propios labios.

MELITA. Toda aquella historia es agua pasada, Báquide, y éste es ya el quinto día en que ni tan sólo le he visto. Beben en casa de su compañero Pámenes, él y Símique.

BÁQUIDE. Es terrible, Melita, lo que te está pasando. Pero ¿por qué se separó de ti? No parece que sea por algo insignificante.

MELITA. Ni siquiera puedo hacerte una narración completa. El otro día, cuando regresaba del Pireo⁴ (creo que había ido a reclamar una deuda por orden de su padre), al entrar, ni me miró, ni consintió que me acercara cuando corrí hacia él como era habitual; me sacudió al intentar abrazarle. «Vete —dijo— junto a Hermótimo, el armador, o lee lo que está escrito sobre los muros del Cerámico en donde vuestros nombres están inscritos en una estela.» «De qué Hermótimo, de quién o de qué estela me estás hablando», dije. Pero él, sin responder nada, no quiso cenar, y se acostó de espaldas a mí. ¿Cuántas trazas crees que probé ante esta situación? Le abracé, intenté hacerle dar la vuelta y, como seguía con la espalda vuelta, le besé la espalda. Él no

4. Puerto de Atenas.

se ablandó ni un ápice, antes dijo: «Si continuas molestandome me iré inmediatamente, aunque sea media-noche.»

BÁQUIDE. Pero ¿conoces a Hermótimo?

MELITA. Que me veas en un estado más penoso del que ahora me encuentro, Báquide, si conozco a algún armador llamado Hermótimo. Y bien, Carino, al amanecer, tan pronto como el gallo cantó, se levantó y se fue; yo, entonces, me acordé de que él había dicho que mi nombre estaba escrito sobre algún muro del Cerámico y envié a Acide a echar una mirada. No encontré nada excepto esta única inscripción cerca del Dipilón, entrando a mano derecha: «Melita ama a Hermótimo», y un poco más abajo: «El armador Hermótimo ama a Melita.»

BÁQUIDE. ¡Ay! ¡Criaturas entrometidas! Ya lo entiendo todo. Alguien, con el deseo de molestar a Carino, sabedor de sus accesos de celos, escribió ese texto, y Carino se lo ha creído al instante. Si lo veo en alguna parte, le diré una palabra. Es un niño y carece de experiencia.

MELITA. ¿Cómo vas a poder verlo si se ha encerrado con su Símique? Sus padres todavía le buscan en mi casa. Pero si encontráramos alguna vieja, Báquide, como te decía, su presencia me salvaría.

BÁQUIDE. De acuerdo, querida, hay una hechicera muy adecuada, una siria, bella aún y fuerte. En otra ocasión me reconcilió con Fancias, que se había enfadado conmigo por una tontería, al igual que Carino. Al cabo de cuatro meses completos, cuando yo ya lo daba por perdido, volvió de nuevo a mí gracias a sus ensalmos.

MELITA. ¿Te acuerdas aún de lo que te cobró la vieja?

BÁQUIDE. No se puede decir que pida un gran sueldo: sólo una dracma y un pan. Pero, además, tienes que procurarte granos de sal, siete óbolos, azufre y una antorcha. Estos son los requisitos de la vieja; también hay que llenar una cratera de vino mezclado con agua, y que ella sola se la beba. Necesitarás, además, algo que sea propiedad personal de este hombre, un vestido, unas botas, un mechón de sus cabellos o algo parecido.

MELITA. Tengo sus botas.

BÁQUIDE. Las cuelga de un clavo y las fumiga con azufre mientras esparce la sal sobre el fuego. Luego murmura

ambos nombres, el suyo y el tuyo. A continuación extrae de su seno una rueda, la hace girar mientras recita con rapidez un ensalmo compuesto de palabras bárbaras y escalofriantes. Así actuó entonces. Y no mucho después, Fancias, a pesar de los halagos de sus compañeros y de las súplicas apremiantes de Fébide, con quien vivía a la sazón, regresó a mí, siendo el ensalmo el principal causante de su vuelta. Además me enseñó el modo de excitar en él un profundo odio contra Fébide: se trataba de acechar el momento en que dejara una huella de su pie y borrarla poniendo mi pie derecho sobre la marca de su pie izquierdo y mi pie izquierdo sobre el derecho suyo y de decir al mismo tiempo: «Camino sobre ti y estoy por encima de ti.» He cumplido sus instrucciones.

MELITA. No te retrases, no te retrases, Báquide, llama en seguida a la siria. Y tú, Acide, prepara el pan, el azufre y todo lo demás para el ensalmo.

5

CLONARION Y LEENA

CLONARION. Hemos oído un raro chismorreo acerca de ti, Leena; se dice que Mégila, la rica lesbia, está enamorada de ti como un hombre, que vivís juntas y que os dedicáis a unas actividades que no sé cómo definir. ¿Qué es esto? ¿Te sonrojas? ¡Ea, dime si es verdad!

LEENA. Es verdad, Clonarion; estoy confundida, tan extraordinario es esto.

CLONARION. Por la diosa que alimenta a la juventud, ¿de qué se trata? ¿Qué quiere esta mujer? ¿Qué hacéis cuando estáis juntas? ¿Te das cuenta? Ya no me quieres, si no no me ocultarías tales secretos.

LEENA. Te quiero más que a cualquier otra amiga. Esta mujer es terriblemente viril.

CLONARION. No entiendo lo que dices, a no ser que se trate precisamente de una hetera para mujeres; dicen que en Lesbos hay mujeres hombrunas de este estilo, que no quieren comercio con los hombres sino que son

ellas mismas quienes se acercan a las mujeres a la manera de los hombres.

LEENA. Se trata de algo parecido.

CLONARION. Entonces, Leena, explícame todo esto: cómo te hizo las primeras insinuaciones, cómo te dejaste persuadir y lo demás.

LEENA. Ella y Demónasa, la corintia, mujer también rica y de idénticas costumbres que Mégila, habían organizado una fiesta; me llamaron para tañer la cítara. Cuando dejé de tocar, era ya tarde y hora de acostarse; ellas estaban embriagadas. «¡Ea, Leena! —dijo Mégila—. Es ya el momento adecuado para dormir; acuéstate aquí con nosotras, en medio de las dos.»

CLONARION. ¿Te acostaste? ¿Qué pasó luego?

LEENA. Al principio me besaban como si fueran hombres, no sólo ajustando sus labios a los míos, sino que entreabrían la boca y me abrazaban apretándome los pechos. Demónasa incluso me mordía al besarme. Yo no podía adivinar qué significaba aquel manejo. Al fin, Mégila, que estaba ya bastante excitada, se quitó la peluca de la cabeza (llevaba una peluca muy bien imitada y adaptada a la perfección) y apareció pelada al cero, al modo como los atletas más viriles se rasuran. Yo me turbé al verla, pero ella me dijo: «¿Leena, has visto en otra ocasión a un joven tan hermoso?» «No veo aquí a ningún joven, Mégila», dije. «No me tomes por mujer —replicó—, pues yo me llamo Mégilos y tiempo ha tomé por mujer a Demónasa; es mi esposa.» Ante esto, Clonarion, me eché a reír y dije: «Entonces tú, Mégilos, ¿nos has estado ocultando tu virilidad del mismo modo que dicen que Aquiles la ocultaba entre las doncellas y tienes lo que todo hombre y te comportas con Demónasa como los hombres?» «Aquello, Leena, no lo tengo —dijo—, pero no me hace ninguna falta. Tengo una manera peculiar de hacer el amor y mucho más placentera, ya lo verás.» «¿No serás un hermafrodita —pregunté—, con los atributos de ambos sexos y de los que se dice que hay muchos?» Pues yo, Clonarion, aún ignoraba estas cosas. «No —respondió—, soy un hombre de pies a cabeza.» «He oído decir —continué— a la flautista beocia Ismenodora, cuando contaba fábulas de su país, que en Tebas una mujer se trans-

formó en hombre y que este hombre incluso llegó a ser un excelente adivino; se llamaba Tiresis, creo. ¿Acaso te ha sucedido a ti algo parecido?» «No, Leena —repu-so—. Yo nací mujer igual que el resto de vosotras, pero tengo la mentalidad, los deseos y todo lo demás como un hombre.» «¿Y estos deseos te bastan?», pregunté. «Déjate hacer, Leena, si no me crees y te darás cuenta de que no me falta nada de lo que tienen los hombres; pues tengo algo a cambio de lo que ellos tienen. Déjate hacer y ya verás.» Me dejé hacer, Clonarion, pues me dirigió reiteradas súplicas y me dio un collar muy valioso y lencería fina. Luego la abracé como a un hombre y ella maniobraba, me besaba, suspiraba y parecía obtener conmigo un placer enorme.

CLONARION. ¿Qué te hacía, Leena, y cómo? Esto es precisamente lo que más me interesa saber.

LEENA. No preguntes con tanta minucia, pues es de mal gusto. Además, lo juro por la celeste,⁵ no podría decírtelo.

6

CROBILE Y CORINA

CROBILE. Ya has aprendido que no es tan terrible como creías, Corina, pasar de doncella a mujer; has estado con un apuesto muchacho y has ganado tu primer sueldo, una mina, con la que inmediatamente te compraré un collar.

CORINA. Sí, madre, y que tenga algunas cuentas coloradas, como el de Filénide.

CROBILE. Así será. Pero escucha las demás instrucciones que te daré sobre lo que debes hacer y de cómo hay que comportarse con los hombres, pues para nosotras no existe otro medio de ganarse la vida, hija mía. Durante estos dos años desde que murió tu pobre padre, no hace falta que te diga en qué pobreza hemos vivido. Cuando él vivía, teníamos de todo y en cantidad sufi-

5. Afrodita era conocida a base de dos epítetos: celeste (o urania) y Pandemos (o popular).

ciente, pues era herrero y gozaba de buena reputación en el Pireo, y puedes oír aún que todos juran que no habrá otro herrero como Filino. Después de su muerte, primero vendí las tenacillas, el yunque y el martillo por dos minas,⁶ nuestro sustento durante siete meses; luego obtenía los alimentos a duras penas, ora tejiendo, ora empujando la rueca o haciendo girar el huso. Te criaba, hija, fundando en ti mis esperanzas.

CORINA. ¿Te refieres a la mina?

CROBILE. No, sino que calculaba que al llegar a la edad que tienes ahora, te sería fácil mantenerme y cuidar de ti misma, y que serías rica y tendrías trajes de púrpura y sirvientas.

CORINA. ¿Cómo dices, madre? ¿A qué te refieres?

CROBILE. A convivir con jóvenes, a beber en su compañía y a compartir su lecho por dinero.

CORINA. ¿Como hace Lira, la hija de Dáfnide?

CROBILE. Sí.

CORINA. ¡Pero ella es una hetera!

CROBILE. Nada malo hay en eso: tú serás rica como ella y tendrás muchos amantes. ¿Por qué lloras, Corina? ¿No ves cuántas heteras hay y cómo son requeridas y cuánto dinero ganan? En lo que a la hija de Dáfnide respecta, yo la conocí, querida Adrastea, vestida de harapos antes de llegar a la flor de la juventud. ¿No ves cómo sale de casa ahora, enojada, con sus trajes floreados y cuatro sirvientas?

CORINA. ¿Cómo ha conseguido Lira todo esto?

CROBILE. Primero se puso hermosos conjuntos que la favorecían y era alegre con todo el mundo; sin soltar carcajadas a la ligera, como tú sueles hacer, sonreía de modo agradable y atractivo. Luego es muy hábil en el trato con los hombres y no engaña a quien va a visitarla o le manda llamar, ni lleva la iniciativa. Si alguna vez va a una cena aceptando dinero, ni se embriaga (pues es algo ridículo y los hombres aborrecen a las mujeres que se comportan así), ni se atiborra groseramente de comida, sino que roza los manjares con la punta de los dedos y los introduce en silencio dentro de su boca, sin hinchar a la vez ambos carrillos; bebe

6. Moneda griega.

lentamente, no de un trago, sino a pequeños sorbos.
CORINA. ¿Incluso si está sedienta, madre?

CROBILE. Entonces más que nunca, Corina. Y no habla más de lo preciso ni se burla de ninguno de los presentes, sino que sólo mira al que le ha pagado; esta conducta le granjea su estimación. Cuando hay que ir a la cama, nunca se comporta de forma impúdica ni indiferente, sino que su único objetivo entre todos es seducir a su amante y lograr enamorarlo. Así conquista los elogios de todos. Si tú pudieras aprender estas artes, también nosotras seríamos felices. Puesto que por lo demás, comparada con ella, le llevas mucha ventaja..., pero no digo más, querida Adrastea, sólo pido que tengas larga vida.

CORINA. Dime, madre, ¿todos los que pagan son del mismo estilo que Eucrito, con quien dormí ayer?

CROBILE. No todos; algunos son mejores, otros son ya hombres maduros y otros no se han visto muy favorecidos por la naturaleza.

CORINA. ¿Y con estos últimos también deberé acostarme?

CROBILE. Sobre todo con éstos, hija; son los que más pagan; en cambio los guapos aspiran a que su belleza sea el único pago. Pero tú preocúpate siempre de la ganancia si quieres que en poco tiempo todas las mujeres, señalándote con el dedo, digan de ti: «No ves cómo Corina, la hija de Crobile, ha logrado una extraordinaria riqueza y ha hecho a su madre tres veces más feliz.» ¿Qué dices? ¿Lo harás? Sé que lo harás y que te será fácil aventajar a todas tus rivales. Ahora ve a tomar tu baño, por si viniera también hoy el joven Eucrito. Así lo prometió.

7

MUSARION Y SU MADRE

MADRE. Si encontráramos a otro amante del mismo tipo que Quéreas, Musarion, tendremos que sacrificar una cebra blanca a la Afrodita popular, una novilla a la Afrodita celeste de los jardines, y ofrecer una corona a la diosa dispensadora de riquezas. Seremos plenamente

afortunadas y tres veces felices. ¡Ya ves lo que obtenemos ahora de tu joven! Jamás te ha regalado un óbolo, ni un traje, ni unos zapatos, ni una botella de perfume; sólo ofrece pretextos continuos y promesas y grandes esperanzas para un futuro lejano: «Si mi padre..., y si llego a ser dueño y señor de la herencia, todo será tuyo.» Y tú aún pretendes que ha jurado hacerte su legítima esposa.

MUSARION. Sí, madre, lo ha jurado por las dos diosas y por la Políada.

MADRE. Y tú, claro, te lo has creído. Por eso el otro día, cuando no podía pagar su escote en el convite, le diste tu anillo sin que yo me diera cuenta; él se lo vendió para bebérselo. También le diste los dos collares jónicos, cada uno pesaba dos daricos, que Praxías de Quíos, el armador, te trajo de Éfeso, en donde los había encargado. En efecto, Quéreas los necesitaba para pagar a sus compañeros la parte proporcional de la fiesta. ¿Y qué podría decir de la lencería fina y de las túnicas? Realmente este joven constituye un regalo de los dioses para nosotras, una bendición que nos ha caído encima.

MUSARION. Pero es bello, barbilampiño, jura que me ama y llora; además es hijo de Dinómaque y de Laques, el areopagita, y promete que nos casaremos. Por su parte tenemos grandes esperanzas con tal de que el viejo llegue a cerrar los ojos.

MADRE. Vamos a ver, Musarion, si necesitamos un par de zapatos y el zapatero nos pide dos dracmas, vamos a decirle: «No tenemos dinero, pero coge algunas de nuestras buenas esperanzas.» Al panadero le diremos lo mismo, y si nos reclaman el alquiler, responderemos: «Aguarda hasta que Laques, el de Coliteo, se muera. Te pagaré después de la boda.» ¿No te avergüenza ser la única hetera que no tiene ni pendientes, ni collar, ni traje de Tarento?

MUSARION. ¿Y qué, madre? ¿Acaso son más felices o más bellas que yo?

MADRE. No, pero son más inteligentes y conocen su oficio de hetera, no confían en las buenas palabras ni en los jóvenes con juramentos a flor de labios. En cambio tú eres fiel, amas a tu hombre y no dejas entrar a ningún

otro que no sea Quéreas. Hace poco, cuando un labrador arcaniense, imberbe él también, vino a ofrecerte dos minas, precio del vino que su padre le había enviado a vender, tú te burlaste de él y te acostaste con el Adonis de tu Quéreas.

MUSARION. ¿Y qué? ¿Tenía que dejar a Quéreas y recibir a aquel campesino que olía a macho cabrío? Mi Quéreas tiene, por así decir, la piel lisa: es un cerdito de Acarnania.

MADRE. De acuerdo, aquel hombre es rústico y huele mal. Pero ¿qué me dices de Antifonte, el hijo de Menécrates, que te prometía una mina? ¿Por qué no le recibiste? ¿Acaso no era bello, residente en la ciudad y de la misma edad que Quéreas?

MUSARION. Sí, pero Quéreas me amenazó con degollar-nos a ambos si me sorprendía en su compañía.

MADRE. ¿Cuántos han formulado estas amenazas! ¿Vas a quedarte sin amantes por esta razón y guardarás castidad como si no fueras una hetera sino una sacerdotisa de la Legisladora? Bien, dejemos de lado lo demás. Hoy es la fiesta de las Haloas. ¿Qué te ha regalado para la fiesta?

MUSARION. No tiene qué regalar, madre.

MADRE. ¿Es el único joven que no ha encontrado una treta para sacarle jugo a su padre, que no ha mandado un esclavo para engañarlo, que no ha pedido nada a su madre bajo la amenaza de surcar los mares y enrolarse como soldado si no lo obtenía? Se queda sentado gastando lo nuestro, sin darnos nada y no permitiendo que nos beneficiemos de los que dan. Y tú, Musarion, ¿crees que tendrás siempre dieciocho años? ¿O que Quéreas tendrá los mismos sentimientos cuando sea rico y su madre le haya encontrado una novia rica? ¿Crees que aún se acordará entonces de las lágrimas, de los besos o de los juramentos cuando vea tal vez una dote de cinco talentos?

MUSARION. Se acordará; y ésta es la prueba: aún no ha contraído matrimonio y se ha visto sometido a toda clase de constricciones y violencias familiares.

MADRE. ¡Ojalá no te esté mintiendo! Te recordaré esta conversación, Musarion, cuando llegue el momento.

AMPÉLIDE Y CRÍSIDE

AMPÉLIDE. Cuando un hombre no está celoso, Crísida, ni se irrita, ni te golpea jamás o te corta el pelo o rasga tus vestidos, ¿está aún enamorado?

CRÍSIDE. ¿Acaso son éstas las únicas pruebas de amor, Ampélide?

AMPÉLIDE. Sí, son las que corresponden a un hombre ardiente. Puesto que las demás, besos, lágrimas, juramentos y frecuentes visitas, son propias de un amor que empieza y aún está en germen. En cambio, la llama verdadera nace de los celos. De manera que si, según dices, Gorgias te golpea y siente celos, concibe las mejores esperanzas y suplica que se porte siempre así.

CRÍSIDE. ¿Lo mismo? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué se pase la vida pegándome?

AMPÉLIDE. No, que se consuma si tú no tienes ojos más que para él; puesto que, si no te ama, ¿por qué se iba a indignar si tienes otro amante?

CRÍSIDE. La verdad es que no lo tengo. Es vana su sospecha de que aquel hombre rico está enamorado de mí por el simple hecho de que el otro día mencioné su nombre.

AMPÉLIDE. También esta reacción debe resultarte grata: que se crea que los ricos se interesan mucho por ti. Así se consumirá más, y el amor propio le llevará a rivalizar con sus contrincantes para que no le sobrepasen.

CRÍSIDE. De momento sólo se irrita y me pega. No me ha regalado nada todavía.

AMPÉLIDE. Ya lo hará, pues los celos le comen, en especial si le afliges.

CRÍSIDE. No sé por qué quieres que reciba palos, mi querida Ampélide.

AMPÉLIDE. No se trata de esto, sino de que, en mi opinión, las grandes pasiones nacen así: cuando los hombres se convencen de que se los deja de lado; en cambio, si se creen ser el único poseedor, su deseo, por así decir, se marchita. Te hablo por experiencia; son

veinte años enteros de hetera, y tú sólo tienes dieciocho años, creo, o menos aún. Si quieres, te explicaré lo que me sucedió una vez, no hace muchos años. Mi amante era Demofanto, el usurero que vive detrás del Pórtico Pintado.⁷ Jamás me dio más de cinco dracmas y pretendía ser mi dueño. Me amaba, Crísida, con un amor superficial, sin gemidos ni llantos y no acudía a mi puerta fuera de hora, sino que sólo se acostaba conmigo algunas veces y con largos intervalos. Un día en que vino a mi casa, le cerré la puerta en las narices, pues estaba dentro Cálides el pintor, que me había enviado diez dracmas; por ser la primera vez se marchó tras injuriarme. Pasaron muchos días y yo no le mandé recado alguno. Cálides estaba de nuevo en casa, cuando Demofanto, que ya se había ido caldeando poco a poco, se inflamó ante la situación. Se apostó ante mi puerta acechando el momento en que estuviera abierta. Lloraba, daba golpes, amenazaba con matarme, destrozaba mis vestidos, lo hacía todo, y, por último, me dio un talento y me tuvo para él solo durante ocho meses completos. Su mujer decía a todo el mundo que yo le había enloquecido con fármacos; en realidad mi fármaco eran sus celos. De modo que, Crísida, sírvete también del mismo fármaco con Gorgias. Este joven será rico si a su padre llega a sucederle algo.

9

DÓRCADE, PANÍQUIDE, FILÓSTRATO Y POLEMÓN

DÓRCADE. Estamos perdidas, señora, estamos perdidas. Polemón ha vuelto rico de la guerra, según dicen. Yo misma le he visto ataviado con un manto bordado de púrpura, ceñido con un broche y acompañado de un nutrido séquito. Sus amigos, cuando lo vieron, corrieron hacia él para darle la bienvenida. Entretanto vi detrás de él a un sirviente que se marchó a la guerra en su compañía y le pregunté: «Dime, Parmenón —dije después de saludarle—, ¿cómo os ha ido? ¿Regresáis

7. Llamado Stoa Poikile, era un pórtico decorado con pinturas.

con algo que os compense de las fatigas de la guerra?» PANÍQUIDE. No tenías que haber empezado con estas palabras, sino con frases del tipo: «Infinitas gracias sean dadas a los dioses por haberos salvado, y muy en especial a Zeus hospitalario y a Atenea guerrera. Mi señora andaba siempre preguntando qué haríais y dónde estaríais.» Si a esto hubieras añadido que tu señora lloraba y se acordaba siempre de Polemón, hubiera sido mucho mejor.

DÓRCADE. Todo eso ya lo dije al comienzo. Pero a ti, no lo que dije, sino lo que oí, quería contarte. Así fue como me dirigí a Parmenón: «¿No os zumbaban los oídos, Parmenón? Porque mi señora siempre se acordaba de vosotros llorando; sobre todo cuando regresaba alguien de la guerra y contaba que habían muerto muchos. Entonces se mesaba los cabellos, golpeaba su pecho y se apenaba ante cada noticia.»

PANÍQUIDE. Bien, Dórcade, así se debía hablar.

DÓRCADE. Inmediatamente después le hice aquellas preguntas. Ésta fue su respuesta: «Regresamos en una situación muy brillante.»

PANÍQUIDE. ¿Cómo? ¿No ha dicho antes que Polemón se acordaba de mí o me echaba de menos o hacía súplicas por encontrarme viva a su regreso?

DÓRCADE. Claro que sí, y otras muchas lindezas. Pero el punto capital de su conversación es la mucha riqueza, el oro, los vestidos, los siervos, el marfil; en efecto, dice que el dinero que traen no puede contarse si no es con medimnos y que da para muchos medimnos. El propio Parmenón llevaba en el dedo meñique un anillo enorme, poligonal, con una gema tricolor incrustada y roja por encima. Le dejé cuando quería contarme cómo cruzaron el Halis, cómo habían matado a un cierto Tiridatas y cómo Polemón se había distinguido en la batalla contra los Pisidios. He vuelto corriendo para contarte estas nuevas a fin de que tomes tus medidas ante la situación. Pues si Polemón viene (y seguro que vendrá cuando se sacuda a sus conocidos) y si al preguntar se encuentra con Filóstrato en casa con nosotras, ¿qué crees que hará?

PANÍQUIDE. Dórcade, hemos de descubrir una solución a estas dificultades. Pues no está bien despedir a Filóstra-

to, que me dio un talento hace poco y que además es un comerciante que tanto promete; ni tampoco es conveniente dejar de recibir a Polemón que regresa en un estado tan ventajoso. Y además es celoso; si cuando era pobre ya resultaba insoportable, ahora, ¿qué no sería capaz de hacer?

DÓRCADE. Pues ahí viene.

PANÍQUIDE. Me desmayo, Dórcade, en este apuro, y estoy temblando.

DÓRCADE. ¡Ahí viene también Filóstrato!

PANÍQUIDE. ¿Qué va a ser de mí? ¡Ojalá se me tragara la tierra!

FILÓSTRATO. ¿Por qué no bebemos, Paníquide?

PANÍQUIDE (a FILÓSTRATO). ¡Ay!, buen hombre, me has arruinado. (A POLEMÓN.) Te saludo, Polemón. ¡Cuánto tiempo sin verte!

POLEMÓN. ¿Quién es este que viene a vuestra casa? ¿Callas? Bien, Paníquide. ¡Y yo que vengo en cinco días desde las Termópilas,⁸ presuroso, para ver a una mujer como tú! Me merezco lo que me ha pasado y, gracias a ello, ya no seré más tu presa.

FILÓSTRATO. ¿Y tú quién eres, bravucón?

POLEMÓN. ¿Has oído hablar de Polemón del demo de Estiria y de la tribu Pandiónide?⁹ Uno que empezó estando al frente de mil soldados y que ahora hace levantar cinco mil escudos, el amante de Paníquide, cuando creía que ella aún tenía sentimientos humanos.

FILÓSTRATO. Pero ahora, capitán de mercenarios, te encuentras con que Paníquide es mía; ha recibido un talento y recibirá otro cuando haya colocado mis mercancías. Y ahora, acompáñame, Paníquide, y deja que éste ejerza sus cargos militares entre los odrisenses.

POLEMÓN. Es libre y te seguirá, si quiere.

PANÍQUIDE. ¿Qué debo hacer, Dórcade?

DÓRCADE. Es mejor que entres. No puedes quedarte con Polemón mientras esté tan enfurecido y aún se excitará más con los celos.

PANÍQUIDE. Entremos, si quieres.

8. Famoso paso situado a la entrada de Grecia donde los persas destruyeron un contingente griego durante la invasión persa de Grecia.

9. Una de las tres tribus en que estaba dividida Ática.

POLEMÓN. Pero os advierto que hoy beberéis por última vez, o en vano estoy yo aquí después de haberme ejercitado en tantas matanzas. ¡Aquí mis Tracios, Parmenón! Que vengan armados y que obstruyan la callejuela con su falange. Que ocupen el centro los Hoplitas,¹⁰ a ambos lados los honderos y arqueros, el resto a la retaguardia.

FILÓSTRATO. Nos hablas, mercenario, como si fuéramos niños y tratas de asustarnos con Mormo. ¿Has matado alguna vez un gallo o has visto siquiera la guerra? Tal vez has custodiado una muralla al mando de media cohorte, por hacerte el favor de reconocerte algo.

POLEMÓN. Pronto lo sabrás, cuando nos veas avanzar hacia el combate y resplandeciendo con nuestras armas.

FILÓSTRATO. Venid sólo cuando estéis bien preparados. Yo y Tibio, este que veis y que es mi único acompañante, os dispersaremos a tiros de piedras y de cascotes de tal modo que no sabréis dónde guareceros.

10. Infantería armada pesada.